

Nos dice Sena que, debido a estar casi todas las obras de Pascoaes en ediciones agotadas o semiolvidadas, hay «muchas gente que conoce al Poeta apenas de nombre, por citas y antologías generales de poesías mal escogidas. He aquí, por eso, algunas razones porque juzgo extremadamente difícil hablar de Teixeira de Pascoaes».

Esperamos que este homenaje al llevar a los novísimos la figura del gran lírico, les haga presente la necesidad de estudiarlo con amor, de dejar de mal conocerlo sólo de nombre y por citas, cuando ahí están sus libros esperando ojos atentos e inteligencias despiertas con menos prejuicios de vanguardia y más pupila nocturna para navegar por esos paisajes lunares, nebulosos y en penumbra del gran poeta.

Teixeira de Pascoaes es creador de un mundo ontológicamente esencial y restaurador de un cósmico y amoroso franciscanismo. Trajo a la poesía una metáfora nueva, ágil, sonambúlica, dentro de un verso flexible y modulado. Teixeira de Pascoaes es un metafísico en quien el pensamiento filosófico ni ahogó al poeta ni marchitó la visionaria lozanía de la imagen. Se dijo que en sus páginas se oculta un Evangelio.

D. de Castillo-Elejabeitia

Alberto de Serpa.—VIDA, POESIA E MALES DE ANTONIO NOBRE.—
Porto, 1950.

Alberto de Serpa, que conmemoró el primer centenario del nacimiento de Gómes Leal con un poema: «Retrato e lição de Gómes Leal», recuerda ahora el cincuentenario de la muerte de Antonio Nobre (18 de marzo de 1900) con un pequeño volumen, editado en Porto: «Vida, poesía e males de Antonio Nobre».

Serpa nació en una rúa de Oporto, paralela y próxima a otra donde nació Nobre; fué deslumbrado por el embrujo de «Só» en años mozos, estudió, como aquél, en Coimbra; la vida le llevó luego a Leça de Palmeira—donde vivió Anto—y habló con los marineros que oyeron los primeros versos de Nobre y conoció a alguna de sus amadas y ahora, después de acercarse a los familiares de Antonio, de leer sus inéditos cuadernos íntimos, de buscar y hallar papeles reveladores, recuerdos infantiles y cartas, después de visitar asiduamente la olvidada tumba del poeta «sem uma cruz; sem um nome», escribió estas páginas donde late un pulso fraterno y cordial.

Breve fué la vida del gran poeta para quien la poesía era «o coração desfeito em tiras»: treinta y tres escasos años de residencia en la tierra. No muchos, pero sí suficientes para dar vida, entre otras cosas, a un volumen como «Só»—París, 1892—, tan estimable, tan saudosamente portugués, tan lleno de paisaje vivido y de inolvidables figuras familiares y amigas: la mãe-



madrinha, el aya Carlota, Manoel, la abuela de «Viagens na minha terra», el sepulturero de «Males de Anto», la prima-doindinha, Purinha, la señora Ana das Dores, Cabanelas, el mayoral; la linda Margarita «cujo olhar são piri-lampos», el río Doce, Aninha das Eiras, las rúas de Coimbra, la playa de Boa Nova, Cabo do Mundo y el Barrio Latino, con un eco del París de Rimbaud y Verlaine. Porque «Só»—el mejor de los tres libros de Anto—es uno de los más garridos volúmenes del fin de siglo portugués, con poemas tan sugestivos como «Viagens», «Na Estrada da Beira» o «Ao canto do lume»; libro en el que se juntan la ternura, la nostalgia, el paisaje y una presencia constante y morbosa de la muerte que deja aquí y allá un gusto sombrío y amargo, en una forma de expresión, revolucionaria entonces, que no desdeña los prosaísmos, el lenguaje coloquial, la pormenorización descriptiva y se realiza frecuentemente en un verso alejandrino, rico de nuevos acentos.

Breve, intensa e inquieta vida la de Nobre, minado por la tuberculosis en los últimos años. Porto, Leça, Coimbra, O Seixo, París, Suiza, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, en abigarrado caleidoscopio, son los lugares y países por donde pasea el poeta su lusa melancolía. Tan pronto lo vemos con los «cursos» y «caloiros» de la alma mater conimbricense como lo hallamos escribiendo sonetos en la toldilla de un buque que navega por el Canal de la Mancha o visitando la tumba de Edgard Poë en Baltimore o saliendo a la mar con el marinero Gabriel Rodríguez y los pescadores de la Barra del Duero, o lo encontramos fascinado por Nueva York, donde «até as mulheres se movem a electricidade», o en Londres, o en Bélgica, o en el paradisíaco Funchal, siempre soñando con su alto destino de poeta—pues sabe que «os Poetas são os Enviados-Extraordinarios de Deus»—y entregado a la amistad que, como dice Serpa, era, para Antonio Nobre, «tão grande tão difícil e tão necessaria como o amor».

Jugosas y ágiles páginas las de Alberto de Serpa sobre el poeta de «Só». Contienen además fragmentos inéditos de Nobre, lo que acrecienta su interés. Por ellos sabemos el culto que hacía Antonio de la memoria de su padre, de aquel padre «absolutamente Bom, absolutamente Puro, absolutamente Justo» y tenemos noticia de que, todavía muy niño, a los cinco años, ya era atormentado por la obsesión de la muerte.

El final del ensayo encierra unos hermosos párrafos del autor de «A vida é o dia de hoje». Dice en ellos Serpa que «só das tristes vidas vem a grande poesia» y añade que las horas terribles en que la poesía nace mansa o tumultuosa, sitúan al poeta en el centro del Universo; que poeta verdadero es el que sabe oír su voz y que sólo el poeta que descienda hasta el fondo de su corazón dará lo que suyo es y lo que algún día podrá venir a ser de otra alma. «Un instante em que nada ocorre pode dar un verso salvador da humanidade».

Alberto de Serpa rinde en este pequeño volumen un cordial homenaje a su coterráneo y antecesor espiritual. Serpa es bien conocido de los poetas españoles por la bella selección que de su obra nos brindó la colección «Adonais» con el título de «Poemas de Oporto», prologada por Charles David Ley y traducida por Rafael Morales, y el estudio que le dedicó Ildefonso Manuel Gil en su «Ensayos sobre Poesía Portuguesa».

D. de Castillo-Elejabeitia

